



MARIANO DE CABRERIZO. MEMORIAS DE MIS VICISITUDES POLÍTICAS DESDE 1820 A 1836.

Rafael Herrera Guillen

Investigador de la Biblioteca *Saavedra Fajardo*

Las memorias constituyen un género literario de poca tradición en la literatura española, a pesar de tener un enorme valor, no solo como testimonio de una vida, sino también como fuente de comprensión de los actores de una época. La vida siempre está atravesada por las esperanzas e incertidumbres del tiempo histórico. Tal vez, y justo por las peculiaridades de la historia española, un género como el de las memorias no ha gozado de mayor resonancia literaria. Un país donde la subjetividad se ha ido fraguando con continuos ajustes, en donde las relaciones cívicas han estado mediadas por el ejercicio censor de la Iglesia, en donde la política conformaba un prestigio siempre pendiente de la suerte, en fin, en un país tan profundamente cainita como España, el género de las memorias no podía tener éxito, en la medida en que las contiendas civiles siempre operaban con la mayor saña contra cualquier atisbo de memoria en el enemigo. Y es por esto, paradójicamente, por lo que las pocas memorias con las que contamos contienen un valor ejemplar. Particularmente, estas *Memorias de mis vicisitudes políticas desde 1820 a 1836*, de Mariano de Cabrerizo (1785-1868), van más allá de ser una entre las pocas memorias de nuestro acervo literario. Las *Memorias* de Cabrerizo son ejemplares en sí mismas, por la perfección y belleza de su prosa, por la construcción indirecta de la subjetividad, por la capacidad para contextualizar el tiempo histórico a través de la mirada del prisionero. Es ésta una obra verdaderamente hermosa, y desde el punto de vista de la historia y de la filosofía política, constituye un documento de la mayor relevancia.

En sus apenas 160 páginas asistimos a los azares de una vida que en el fondo son los azares de una nación. En este sentido, podemos decir que Cabrerizo es un maestro de las memorias políticas o de la autobiografía política española. El autor narra los acontecimientos de su vida política desde la perspectiva, siempre presente y sincera, del liberal leal a la nación.

La Biblioteca Virtual *Saavedra Fajardo*, entre otras actividades, posee una doble vertiente como biblioteca y como editora virtual. En este sentido, la BSF tiene el deber de hacer honor, no solo a los autores relevantes, sino a los editores, que son ese tipo de actor cultural siempre a medio camino entre el intelectual y el comerciante. Con esta publicación de



las *Memorias* del gran editor liberal, la BSF ancla su propia labor con la tradición editorial siempre tan próxima a la divulgación de las fuentes como a la edición de obras minoritarias pero excelentes. Cabrerizo fue, como demuestran las *Memorias*, tanto un librero, es decir, tanto un intelectual y un comerciante, como un buen escritor y hombre de acción. Aquí sigue la estela del gran Salvá. En su personalidad se cruzan los rasgos propios de los personajes que tanto gustan a los historiadores políticos deseosos de conformar vidas ejemplares.

Desde luego es de gran provecho para la comprensión de la historia cultural española atender a la historia editorial. En Alemania, por ejemplo, el gran autor de las letras germanas, Goethe, mereció una monografía, precisamente escrita por uno de los editores más importantes de aquella nación, sobre la relación de Goethe con sus editores.¹ Desde luego, este tipo de relaciones van más allá de lo anecdótico. Del mismo modo, Cabrerizo, al narrar los juicios que le fueron incoados por su labor editorial por las llamadas Juntas de fe, muestra las consecuencias políticas del comercio del saber. Cabrerizo consiguió sortear la muerte en juicio sumarísimo, a costa de grandes sumas de dinero –pues mantener la vida y recuperar la libertad, se lamentaba, le costó mucho esfuerzo material, además de los propios sufrimientos físicos y psicológicos propios de la prisión y el aislamiento, de los que fue objeto durante la invasión de los Cien Mil Hijos de San Luis. Sin embargo, aunque fue capaz de salir con bien de estos episodios tan peligrosos, no consiguió esquivar la saña de sus enemigos, que lo llevaron ante un Tribunal de fe, que le juzgó. Sólo la Providencia, hacia la cual el autor muestra una reverencia absoluta, consiguió que salvara la vida. Desde el preliminar, el autor, que escribe desde el presidio de las Torres de Cuarte, en la propia capital valenciana, afirma su convicción en la justicia providencial:

“Hay momentos supremos en la vida, que solo los vence la fe, la Providencia. Yo he creído y he hallado consuelo en medio de ellas.” (pp. IX-X)

Cabrerizo no vive en la pasividad del redencionismo, sin embargo. No podía ser así en una personalidad tan activa. Ante la certeza de sufrir la injusticia de los hombres, el autor apela con fe sincera a la justicia providencial de Dios. Ahora bien, es muy consciente de que el propio destino lo funda uno mismo, y que éste depende de las propias fuerzas y condición. Así, Cabrerizo se lamenta de “¡cuánto oro hube de derramar

¹ Me refiero a UNSELD, Siegfried. *Goethe y sus editores*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2000. Sobre la obra en cuestión, vid. mi “Negocios de un poeta”, en *Res publica* 6 (2000) 155-166.



para asegurar mi existencia!” (p. 70). Pero también es consciente de que “la Providencia... siempre vela sobre el inocente” (p. 138). Sus enemigos, que quisieron hacerle el mayor mal provocando su destierro, no hicieron más que cumplir el designio superior de la Providencia, pues durante el exilio en Francia (Cabrerizo estuvo en Burdeos y París) logró levantar su negocio editorial con los mayores rendimientos, de tal manera que al regresar a Valencia, llegó con un gran patrimonio, con el cual compensó ampliamente todo lo que le fue robado por el embargo durante la guerra y por los chantajes de que fue objeto para salvar la vida.

Cabrerizo narra una anécdota, que será origen de su rehabilitación definitiva, como cosa verdaderamente trazada por el guión de la providencia. Fernando VII había salido apresuradamente hacia Tarragona para “contener la revolución que la sociedad llamada entonces del *Ángel exterminador* tenía a punto de estallar.” (p. 138) A su paso por Valencia, la comitiva del monarca observó la necesidad de contar con un mapa con el que planificar la mejor ruta. Y es aquí cuando en Valencia es requerido el saber y experiencia del editor, a quien le fue encomendado proporcionar a la mayor prontitud un mapa para Su Majestad. Todo esto está lleno de paradojas felices. El perseguido, el desterrado, siempre sensible a la dureza del camino, fue, curiosamente, quien trazó el itinerario de un rey como Fernando VII, siempre errático e improvisador. Desde luego, la anécdota salvífica del mapa constituye toda una metáfora de la providencia.

Pero al saber práctico de la cartografía, Cabrerizo añadía una gran sensibilidad para captar la belleza natural. Sorprende que el prisionero mantuviera su capacidad estética en trance tan penoso y supiera admirar los paisajes por donde le llevaban, maniatado, sus captores. La belleza de la naturaleza era para el prisionero Cabrerizo fuente de sentimientos nobles que le ayudaban a superar la propia incertidumbre vital. El editor liberal mantiene una generosa relación con la naturaleza, casi diríamos objetiva, pues el prisionero no proyecta su estado de ánimo sobre lo natural. Valga este ejemplo:

“Las huertas que a manera de anfiteatro se escalonan por la orilla del río, y las que fertilizan también las copiosas aguas de la fuente del Prat, forman una perspectiva agradable, por el contraste de las peladas rocas que se descubren a la parte opuesta.” (p. 55)

Es más, la generosidad de la mirada de Cabrerizo se mantiene incluso en los momentos de mayor desesperación, en los cuales expresa su



sufrimiento no anegando de subjetividad la naturaleza, sino mediante el contraste entre la belleza del mundo (que para él permanece incólume) y su propia tragedia. Su mirada es generosa. El mundo natural es para él un oasis en el que el mundo humano, lleno de injusticia, puede refrescarse y tomar aliento. La naturaleza, a pesar de su propia suerte, sigue siendo bella. Esta objetividad de la sensibilidad constituye uno de los rasgos más peculiares de estas *Memorias*. Cabrerizo admira la belleza de la naturaleza con la certeza sedienta de quien va a abandonarla muy pronto ejecutado por la injusticia de los hombres.

“La humedad de la fuente ha hecho brotar en derredor crecido número de árboles frutales y plantas aromáticas, que forman como un pequeño y frondoso oasis en una peña escarpada, Sí, jamás podré olvidar aquella fatigosa jornada, ni sus áridos caminos, o más bien senderos de pastor: tampoco se borrarán de mi mente sus encantos, a pesar de que el dolor y sufrimiento no me permitían saborear las bellezas naturales, de que tanto he gustado.” (p. 57)

Es sintomático que Cabrerizo solo hace mención de la belleza no natural en el exilio. Hay en estas divagaciones estéticas un trasfondo socio-político evidente. Durante sus años de prisionero de guerra, el autor solo esboza cuadros de belleza natural. Por el contrario, cuando lo vemos en Francia, pronto canta las bellezas urbanas de las ciudades modernas. De España solo podía evocarse el bien natural, a causa de la raíz cainita del *tempo* político. Por el contrario, el orden y la paz, abrían el paso al buen comercio y a la belleza urbana. España era bella naturaleza y monstruosidad humana; Francia, orden económico y modernidad. [p. 135 ss.] En este sentido, el editor hace una breve descripción del carácter de los pueblos.

“Como dichas falanges se componían de catalanes, valencianos y aragoneses, tuve lugar de estudiar el carácter de unos y otros, y hallé al catalán fanático y feroz en sus principios, al valenciano menos rústico y bozal, y al aragonés más temible que todos.” (p. 70-71)

En última instancia, la mayoría del pueblo español era una caterva de fanáticos religiosos que no podían comportarse sino fanáticamente durante



las disensiones civiles. En definitiva, las *Memorias* constituyen la narración de los sufrimientos del liberal virtuoso en manos de los exaltados. Y el mayor punto en el sufrimiento del que nos habla Cabrerizo, es cuando sufrió la incomunicación. Este es, a mi modo de ver, el lugar más emotivo y significativamente existencial de toda la obra.

La esperanza en la inmortalidad del alma, la fe, y el ordenamiento racional del tiempo, dotan de sentido a la incomunicación del prisionero. El autor hace frente al tedio y al sinsentido imponiéndose obligaciones, es decir, construyendo una vida con sentido en las condiciones más adversas, pues la soledad y la falta de libertad constituyen carencias suficientemente esenciales como para impedir la creación de un mundo ordenado. Mas Cabrerizo supera la tortura psicológica de la incomunicación apelando a los dos compañeros que jamás abandonan al hombre: Dios y uno mismo. Dios da la esperanza necesaria y uno mismo, al ordenar el tiempo, sale del tedio y dota de sentido a la existencia aislada. Esta batalla física y psíquica de hacer de la prisión un hogar y del aislamiento una forma de vida, representa el momento más ejemplificador de las *Memorias*. Dice el autor:

“Impúseme pues obligaciones; distribuí las horas del día, y hubo algunas en que me faltaba el tiempo. Lo espacioso de la sala me permitía jugar a pelota y dedicarme a algunos ejercicios gimnásticos. Las faenas caseras de barrer, fregar la vajilla y limpiar la cama de los insectos carcelarios y propios de la estación y liar cigarritos, me ocupaban algunas horas; así es que llegué a imponerme una obligación cotidiana, la que las llenaba todas, excepto las dedicadas al descanso, consiguiendo por este medio el conservar la salud y robustez.” (pp. 83-84)

No cabe duda de que este ejemplo de supervivencia, esta lucha por la dignidad, era la misma batalla que el liberalismo estaba dando contra los males propios de un régimen aislacionista y carente de libertad.

Estas *Memorias* merecen, sin lugar a dudas, un puesto en la historia de la literatura española. Obras de este tipo constituyen modelos de vidas ejemplares, de literatura y de historia política que España no está en condiciones de ignorar por más tiempo.